

CAPÍTULO XXVIII.

LOS PREPARATIVOS DEL TERCER VIAJE.

POR Junio de 1496 llegó á Cádiz Colón, y no pudo avistarse con los Reyes hasta Octubre del mismo año en Burgos. Durante su camino se fué deteniendo á su guisa, y alojándose casa de amigos, como el cura de los Palacios, y casa de familias tan ligadas con él, como las familias de los Aranas en Córdoba. Ya el exceso de los desengaños había sustituido al exceso de las esperanzas en muchos ánimos; pero en este segundo regreso el alarde y ostentación así de los productos allegados como de los naturales sometidos cambiaban mucho el sentir común, revolviéndolo en pro del Almirante. Las muestras de tintes y especierías, los ejemplares de flora y fauna rarísimos, las telas de algodón pintarrajeadas variamente de llamativos colores, las pepitas y carátulas y cadenas de oro puro, las diademas y cintillos de pedrería, los príncipes indios con sus plumajes así á la cabeza como á la cintura y su carcax de flechas á la espalda y su arco en las manos; aquella colección de idolillos tan dignos de curiosidad y estudio hasta en épocas de fe dogmática y de intolerancia religiosa exageradas y excesivas; tantos y tan varios testimonios de la invención milagrosísima, si no despertaron el fervoroso entusiasmo que á la vuelta

del primer viaje colombino, hicieron meditar á los menos expertos acerca del nuevo territorio y de la nueva sociedad surgidos entre las incertidumbres y perplejidades propias del comienzo y de la iniciación en toda humana empresa. Pero Colón, que, ignorante de haber descubierto un mundo, apreciaba en su íntima estimación todo cuanto había visto en sus exploradoras expediciones, realmente no podía consolarse de las rebeldías perpetradas en contra suya por Buil y Margarit, así como de los múltiples y altísimos recelos patentes en la comisión investigadora de Aguado y en las continuas resistencias de Fonseca. El grandísimo dolor suyo trascendía por todas partes á todos sus actos y palabras. La cabellera desgreñada y descuidadísima, los ojos iluminados por una fiebre interior, la estameña de San Francisco al cuerpo, á los riñones el cingulo y el cilicio de la penitencia, el voto reiterado de consagrar las participaciones en los resultados del proyecto á la toma de Jerusalén, un extraño milenarismo que le imbuyó los tristes presentimientos del cercano fin de nuestra tierra y de la proximidad del Juicio Final, en medio de aquellos efluvios de nueva vida, entre la florescencia del suelo recién hallado y la multiplicación de los astros y de las constelaciones en el cielo entrevistos, mil afectos de dolor demostraban cómo ningún desagravio y ninguna reparación habían podido arrancarle del pecho los abrojos puestos en él como la corona litúrgica de la pasión por aquella desconfianza de los demás ó por aquellos desengaños bebidos como corrosiva ponzoña en sus penas innumerables é intensísimas. Sin embargo, la epístola de los Reyes en respuesta fiel á la notificación de su vuelta, el respeto de aquellos que le saludaron desde Cádiz á Burgos, el recibimiento en esta última ciudad, donde los grandiosos monumentos góticos y románicos, así como los venerandos sepulcros de tantos héroes patrios que habían luchado con las humanas pasiones y con las fatalidades mecánicas, debieron confortar con su ideal radioso el alma, y robustecer con sus santos recuerdos el ánimo, pusieron algún bálsamo de consuelo en las heridas del

corazón y alguna gasa de olvido en los espacios de la memoria. Sin embargo, la debilidad capital de su complexión le aqueja en estos días de prueba, y aparece pedigüeño hasta llegar á la impertinencia, y codicioso hasta llegar á la sordidez. Aquellos que tachan á los españoles de ingratos con Colón debían convenir en que pueblo ninguno pagó servicios, sea cualquiera su cuantía, parecidos ó análogos al suyo, con tanta esplendidez. Al regreso del segundo viaje confirmación de todo lo pactado en Santa Fe: dignidades vitalicias y hereditarias, con desdoro y daño de la unidad del poder; condonación de las sumas aportables por él á la empresa y nunca aportadas; merced á ojo de buen cubero del tanto debido á los Reyes, que dedicó él á todo aquello que le plugo; concesión de gozar por los tres años subsiguientes al 97 la ochava y décima parte del producto, y privilegio de que allegase lo perceptible sin que se apartaran las costas; facultad completa de instituir un mayorazgo; título de Adelantado á Bartolomé Colón; reintegro al otro hermano, á Diego, del oro puesto aparte por Fonseca en la llegada de aquél hasta que rindiese cuentas; designación de los dos hijos del descubridor para pajes de la Real Casa; promesas de ducado, que hubieran cumplido á no creerlas el mismo Colón excesivas, después de haberlo deseado; señalamiento de muchas leguas cuadradas de terreno sobre la Española en plena propiedad; en fin, premios innumerables, cuya cuantía é importancia se acrecientan á medida que observa uno cuán excesivos gastos exigía y cuán pocos rendimientos aportaba en aquella crítica sazón el nuevo territorio.

Y amén de todo esto, le presupuestaron, como decimos en el habla parlamentaria moderna, seis cuentos ó millones de maravedises para el aparejo y flete de las ocho naves, al tercer viaje asignadas y para él dispuestas. Pero, como quiera que las mayores cosas de este pícaro mundo tropiezan y se frustran muchas veces en pequeñas circunstancias y en despreciables minucias; una equivocación de lenguaje, cometida por un subalterno

ligerísimo y no embustero, sin deliberación y sin ánimo y sin conciencia en lo dicho, dió al traste con todo en larguísimo transcurso de tiempo y retrasó la expedición como adrede. Había enviado Bartolomé Colón á Pero Nuño con la horrible carga de carne humana, que tanto á las cosas del nuevo territorio dañaba y tan en deslour y descrédito de sus gobernadores cedía, cuando el expedicionario, en vez de ir á la corte directamente para noticiar lo ajustado, despachó un correo, y con el correo la noticia de que había llegado, y con crecida suma de oro. Siempre se hallaban los Reyes Católicos necesitados de oro; y más entonces, que debían casar un hijo con la Archiduquesa Margarita de Austria y colocar tres hijas en Portugal y en Inglaterra y en Flandes, á costa de innumerables dispendios agravados por una doble guerra en Francia y en Italia. Ver el Rey que acababa de arribar tal cantidad en oro, hasta cuarenta millones se dijo, y expedir regia cédula para que á Colón lo proveyesen de seis cuentos, y le mandaran el resto á su corte y casa, fué obra de un día. Figúrese, quien esto leyera, el desengaño suyo, viendo convertido el cargamento de oro puro en cargamento de indios siervos, despreciadísimos ya en el mercado. La contrariedad en los Reyes, despertada por la infausta noticia, resultó tan intensa, y la confusión y la vergüenza del descubridor tan enorme, al comparar lo hecho por los Reyes respecto de él y de los suyos con lo hecho, no por él, pero sí por los suyos respecto de los Reyes, que dirigió á éstos una carta diciéndoles como estaba de la vida y del ser tan aborrecido, que pedía con clamores intensos la muerte y esperaba en Dios se la enviase pronto. Entre unos y otros sucesos los preparativos de la expedición duraron dos años. Aunque aun hubo quien quiso ir en compañía del Almirante, no fué tal su número que llegase á impedir medida tan triste como la conversión del Establecimiento de la Española en una colonia penitenciaria, donde iban á verse todos los rebujos de nuestra España, trocando en una evitación de pena la estada en tan bendecido territorio, del cual

dos años antes se las prometían todos muy felices. Y con esto no se resolvió la salida, porque tuvo necesidad el descubridor de desatar los enmarañamientos de las manipulaciones de Fonseca, el cual, no tan sólo le oponía toda clase de obstáculos y dificultades, le mandaba feroces bravos, si no para que lo cosieran á puñaladas, para que le atravesaran el corazón á insultos. Andaba por allí un tal Briviesca, judío converso, confidente del Arce-diano de Sevilla, quien ya estaba en tales momentos ascendido á Obispo de Badajoz; y como en connivencia y acuerdo estuviera siempre con su amo y señor, oyéndole decir pestes del Almirante, se propasó al insulto personalísimo en presencia de las tripulaciones, y á la hora misma del embarque, y con un tal desacato, que Colón, mesurado, reflexivo, circunspecto, muy dueño y señor de sí, pacientísimo, perdió el sentido y el seso, en términos tales, que llegó á la extremidad de patearlo. Este arrebato, del cual se arrepintió pronto su mansedumbre nativa con la equivocación de Nuño, dando los esclavos indios por oro puro, fueron parte á labrar mayores desconfianzas en el ánimo de los Reyes, que las anteriormente sentidas y á indisponerlos un tanto con Colón, pues es cosa muy difícil sustraerse á la universal influencia de un espíritu muy difuso y extendido en todo aquello y en todos aquellos que os rodean y ejercen sobre vuestro ánimo una presión semejante á la que suelen con sus alzas y bajas ejercer también aire y atmósfera. No debemos extrañarnos que saliera Colón para el tercer viaje bajo la pesadumbre de una grande amenaza, y bajo la obsesión de un fundadísimo recelo, pues decía, departiendo por escrito con los Reyes: «No me desechen Vuestras Altezas, pues que siempre me sostuvieron.» Miércoles, penúltimo día de Mayo, en 1498, zarpó Colón de la desembocadura del Guadalquivir hacia el nuevo continente, para explorar lo desconocido todavía y apropiarse, con mayor empeño é industria, y más sabia política y administración, lo conocido. Como la guerra estaba empeñadísima en Francia, esquivó el Cabo de San Vicente y tomó el rumbo y derrotero hacia la isla de Ma-

dera, muy resuelto á inclinar al Mediodía el derrotero más que en los últimos viajes. Dios quiso que viese la primera luz del Nuevo Mundo y quiso que tocase antes que todos con sus navés el continente; á donde no llegó, aunque anduvo muy cerca, en la primera y en la segunda expedición, engañado por las falsas nociones extendidas entonces respecto del grandor de los mares y creído de que al tocar en Cuba, ¡oh! había tocado en el continente asiático.

CAPÍTULO XXIX.

TERCER VIAJE.

UN lapidario, llamado Ferrer, acreditadísimo en aquel tiempo, escribió á los Reyes meditada Memoria, encargiendo las ventajas y las riquezas del mundo de Mediodía; y esta Memoria, comunicada por los Reyes á Colón, influyó con poderosa influencia en los derroteros al Sur del tercer viaje. Después de haber pasado las felices posesiones de Portugal en la zona templada demandó el Almirante la zona tórrida. Y, con efecto, alongándose había mucho espacio de los tristes archipiélagos portugueses, conocidos por antífrasis con el nombre de islas de Cabo Verde, cuando entró en las aguas dormidas é inertes. ¡Horrible caso! Durante algunos días el cielo se obscureció en tal manera y abundaron las nubes en tanto número, que parecían metidos los nautas dentro de aguas hirvientes, cuyas burbujillas despediesen muy espesas humaredas, prestando al día el aspecto siniestro de cálida y caliginosa noche. Nunca, sin embargo, hubiera lucido el sol para tan míseros y probados mortales. Aquellos rayos, que despiertan esperanzas sin número en las zonas dulces, y atraen los saludos del ave y los esmaltes del rocío aquí, allá, en la zona tórrida, difundían la muerte con sus botes homicidas y trastocaban todo lo